



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Encontrarse en las páginas
Paloma Meaca Lara
Letras, (7), e137, 2018
ISSN 2524-938X
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Encontrarse en las páginas

Por **Paloma Meaca Lara**

palomameaca@gmail.com

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata – Argentina

Resumen

La lectoescritura es esencial para el transitar de la vida cotidiana y, sobre todo para el ejercicio de la labor de comunicador. La misma abocada a la literatura, no sólo refleja las realidades de distintos personajes —que pueden o no, ser ficción— sino que también es una manera central de narrar nuestros contextos sociales y políticos. La escritura como labor y herramienta central para la comunicación, la comprensión de los contextos y la transmisión de críticas de los mismos.

Palabras clave

lectura, escritura, tiempos, contextos

La escritura es fundamental para el ejercicio de la comunicación. Escribir conlleva planificar, pensar, volcar las palabras, leerlas, re-escribirlas, corregir, editar; borrar, leer y volver a editar. Así hasta el cansancio, hasta que el escrito es lo más perfecto posible. Por eso escribir, aunque sea por mero placer y en tiempo de ocio, es un trabajo.

Tanto la lectura como la escritura, conllevan un conjunto de condiciones necesarias y, a su vez, conforman un contexto; aunque no se necesita ser comunicador para saber escribir.

En los años de la infancia uno aprende a jugar, a saltar la soga, a pintar y, es también en esa niñez que uno debe de aprender a leer y escribir.

A algunos niños les gusta más pintar, a otros les gusta más leer. Lo que usualmente no les gusta a los niños es escribir. No es que no le encuentren el sabor, sino que nadie más que su madre o docente los leerá. Eh ahí la necesidad de hacer del sistema educativo un espacio creativo para el desarrollo de la imaginación, pero también del aprendizaje y desenvolvimiento del yo.

Según la definición teórica, la escritura es una manifestación de la actividad lingüística humana que comparte los rasgos de intencionalidad y de contextualidad de la verbal. A su vez, constituye un hecho social que se manifiesta en un tiempo y un espacio determinado. Sin embargo, la escritura posee demás rasgos que intencionalidad y contextualidad de la verbal; jamás podríamos dejar de lado el contexto político, económico, social y cultural de quien escribe.

Hay un esfuerzo, un trabajo por la interpretación del mundo a la hora de escribir. Es querer contar lo que a uno le pasa, y también a los demás.

Es entonces que podemos decir, no sólo que la escritura y la lectura van de la mano, sino también, que escribimos para contar lo que somos, para descubrirnos un poco más en cada párrafo, en cada oración.

Quien se sienta a escribir una idea, termina siendo el papel de su propio pensamiento. A medida que las palabras se transforman en oraciones, la escritura lo atrapa tanto a uno que termina sumergido en un mar, pero en calma. Es como estar ahogado de palabras, pero tranquilo, sabiendo que una vez que comienzan a salir, la misma corriente nos guía y nos transforma. Se interactúa con la escritura.

Escribir es dudar, es titubear. Es no saber por dónde empezar.

Es leer cuatro, cinco y, hasta más de diez veces, nuestra propia cabeza.

Es querer sacar un mar de adentro, pero también un fuego; porque las palabras no sólo ahogan, sino que lo que no decimos también quema. Es el deseo de compartir, compartir para no sentirnos solos o aislados, compartir los miedos, las incertidumbres y los enojos, pero también las alegrías y las pasiones.

Escribir es volver a definirse, es mutar, siempre cambiar. Es buscar la palabra perfecta hasta que aparezca.

Escribir es borrar y rehacer, es auto editarse. Es reconocer los errores de uno mismo, para ser cada vez más limpio.

Escribir es también mostrar el punto débil. Para quienes no sólo leen letras dibujadas en el papel, las emociones están ahí, justo frente a sus ojos. Los olores en la cocina de una abuela,

el viento sur que roza la cara como haciendo una caricia. Los dolores de la niñez, los amores que uno perdió, las cosas que en el fondo del alma duelen.

Escribir es nunca dejar de avanzar, es no quedarse quieto.

Es no poder conciliar el sueño porque una idea camina de una punta a otra de la cabeza, recorriendo hasta los más oscuros rincones; pidiendo ser volcada en un papel.

Es llorar, de alegría, de amor, de dolor. Es encontrarse llorando frente al papel porque la idea nos arde, nos duele, nos desborda.

Es emocionarse, sentir que algo toca las fibras internas, como colándose por los poros de la piel, y pide a gritos salir.

Es soñar, pero también es enfrentarnos a nosotros mismos, a nuestras pesadillas y temores.

Escribir es ver un poquito más allá. Es intentar hacer nuestras las necesidades de los otros, cambiar de piel sin dejar de estar en nuestros zapatos.

Leer en cambio es encontrarnos en las historias de otros, es vernos ahí parados frente a sus miedos, que también son los nuestros. Es recorrer lugares, es sentir el frío sin estar en invierno, es ver nieve estando en el sillón de una casa en Brasil.

Leer es enamorarse de otros y enojarse también con ellos. Es sufrir los dolores de los demás.

Leer es conocer e imaginar miles de universos sin fronteras de tiempo y espacio.